

hubiera quedado uno para contarlo..... Bien dicen, que su señoría es una santa. ¿Pero qué diablos hago yo aquí entre toda esta gente que me sofoca? ¡y que no hace calor que digamos! á una posada, Melchor, á una posada, á comer, á beber y á descansar, y mañana nos iremos al Alcázar á ver á la reina, á recordarla que nos ha llamado caballero, á fin de que nos lo haga bueno, y á ver si sobre esto la sacamos algo qué.

Y Zancudo montó á caballo, se abrió paso entre la multitud á duras penas, llegó á la carrera de San Francisco, y en un callejon sin salida se metió, y luego en la posada de la Cruz de San Juan que en el fondo del callejon estaba.

Pero no habia reparado el bachiller en que á la larga le habia seguido un paje de casa noble, á juzgar por sus divisas.

## CAPITULO VI.

### LO QUE OYÓ UN PAJE ESCONDIDO DETRÁS DE UN TAPIZ.

#### I.

Apenas habia desensillado y echado pienso á su caballo Zancudo, metidose en un lóbrego aposento, tirado en un rincon las armas y medido con la vista avara el fementido lecho que debia prestarle descanso, cuando la Maritornes del meson se presentó á la puerta.

—¡Ya me persigues! exclamó Zancudo de muy mal humor y con muy poca galantería: perdone por Dios, hermana.

—Miren el abadejo mal curado y con qué cosas sale; para el siglo de mi madre si le demando yo ni tengo por qué demandarle, sino que ahí ha venido un paje de casa principal, de rico hombre lo menos, y ha preguntado por el soldado que acababa de llegar de Mayorga, y dice que quiere hablaros.

—¡Ah! eso es otra cosa, dijo Zancudo: ¿paje de casa principal tenemos? Llegue al punto, que lo que de casa principal venga no puede ser malo, y no haga esperar á ese hidalgo, mi alma, que podrá aburrirse y marchar con el recado.



—Pues á subirle voy.

—Pues cuidado no se os caiga.

—Subiráse él, y si cae, á cargo suyo irá; y á fé á fé que es como un oro.

—Miren la fregona, dijo el alférez á espaldas ya de la moza, que se habia ya alejado, y estirándose el sayo de cuero sudado que vestia, para no parecer tan mal: ¡á mí paje de casa grande! De seguro paje de la reina que me envia algo bueno en albriicias de las buenas nuevas que le he traído: bien dicen, que la reina doña María es una bendita; pues catad ahí que la reina, agradecida del mal rato que yo me he dado para venir á decirla que los aragoneses se mueren como estorninos, me llama para hacerme caballero y darme una encomienda y alguna villa ó castillo con tierras de buena renta para que salga yo de miserias; bien es verdad que, tomarlo yo con una mano y derretirlo con la otra, será cosa de un santiamen; pero, en fin, habremos pasado otro dia bueno. ¡Hola, señor hidalgo! añadió saliendo á la puerta, porque habia sentido pasos: venid acá, que se os espera para haceros honra, y si quereis beber y comer, vino creo que habrá en este meson y alguna empanada de liebre ó cabra.

—Muchas gracias, dijo un paje como de veinte años, muy vivo, y al parecer muy truhan, que acababa de acercarse: no puedo detenerme ni un momento; vengo únicamente á suplicaros, de parte de quien me envia, esteis aquí para la hora de queda, en que yo os traeré una carta. Eso si sabeis leer.

—¡Pues no he de saber leer, cuerpo de mí, exclamó Zancudo, si soy graduado!

—Paréceme á mí, dijo el paje, que vos y yo andamos así á la par en grados de pícaro.

—Tenga la lengua, no sea que yo me desperece, que eso de pícaro no lo paso.

—Pues pase el soldado por lo de entendido, y no haya cuestion.

—Eso es otra cosa, que buen entendimiento no tengo por qué negarlo; entendámonos, pues. ¿Quién os envia?

—Teneis muy buena suerte.

—Nada importa ahora que yo tenga la suerte buena ó mala; lo que yo necesito saber es qué persona os envia á mí.

—Eso lo sabreis á la queda, cuando recibais la carta, si es que en la carta os lo dicen.

—¿Pero no sabeis vos quién os envia?

—Sí que lo sé, pero no quiero decíroslo.

—Mirad, señor paje, que le estais buscando tres piés al gato.

—Bien sé que tiene cuatro, hidalgo; pero esto ni quita ni pone para que yo os diga que no os diré quién me envia á vos.

—Debe de ser una mujer, mejor dicho, una dama, cuando con tal recato andais.

—Haced cuenta que es dama y caballero, y fraile y seglar, y lo que querais, porque yo nada os digo, y tened paciencia, que yo vendré á la queda, y ahora, adios, que estoy haciendo falta.

Y el paje saludó picarescamente y se fué.

## II.

Huyéronsele el sueño, el cansancio y el hambre, que todas estas cosas sentia Zancudo, á causa de aquel estraño mensaje.

Y desde aquella hora, que era cerca del oscurecer, hasta que sonó el toque de queda ó cubre fuego, no podemos espresar cuántas vueltas y revueltas dió á su imaginacion Zancudo, cuántas reflexiones hizo, cuánto esperó á que sonase el toque de queda, y cuánto se desesperó esperando.

Al fin, como no hay plazo que por largo que sea no se cumpla, sobrevino el toque de cubre fuego, á punto que Zancudo acababa de devorar una especie de potaje de habas secas con tocino, salpicado con un rico vino pardillo de la tierra.

A la primera campanada que partió de la inmediata iglesia de Santiago, Zancudo se puso violentamente de pié, se estiró y



se fué á abrir la puerta del aposento, como si el paje hubiera sido tan exacto que hubiese estado ya esperando.

No tardó, sin embargo, mucho, porque aún duraba la vibración de la última campanada del toque de cubre fuego, cuando se oyeron pasos en las escaleras, apareciendo poco despues el paje en cuestion.

—Gracias, dijo al entrar en el aposento, porque me habeis esperado; verdad es que esperarme os convenia; no importa, gracias.

—¿Qué diablo de bulto es ese que traeis debajo de vuestra capa? dijo Zancudo: ¿es alguna cosa mala?

—No muy buena para este tiempo, contestó el paje, porque da calor; pero supongo que os habeis venido á la ligera, y como vamos á correr una aventura en que necesitaremos encubrirnos, me he traído esta capa debajo de la mia.

—Pues mirad, dijo Zancudo, no viene muy mal, porque como ya estamos en agosto, las noches se van haciendo frescas. ¿Y no traeis para mí mas que esta capa? añadió poniéndosela.

—Sí señor que sí, dijo el paje sacando de su sayo un pergamino enrollado: tomad, y ved con cuán rica sortija está sujeto ese pergamino.

En efecto, el pergamino enrollado estaba dentro de una magnífica sortija de oro, con un rico rubí intenso, ó sea carbunco.

Zancudo quitó la sortija al pergamino, se la puso en un dedo y leyó lo siguiente:

«Una dama muy principal necesita hablaros; seguid al que os dé esta carta, pero no hagais juicios temerarios, porque no es por vos por quien os llama: sed prudente, y sabed que en ello os va ó mucha fortuna, ó una paliza y lo que hubiera lugar.»

Zancudo se rascó la estremidad de la oreja izquierda; no le parecia ya la aventura tan buena como antes: sin embargo, tuvo paciencia, guardó el pergamino, se arregló la capa y el birrete, y dijo al paje:

—Os sigo.

—Pues andando, contestó el paje.

Y salió del aposento, cuya puerta cerró por fuera Zancudo, guardándose la llave, porque aunque no tenia que guardar otra cosa que sus armas y el caparazon de su caballo, eran tales aquellos tiempos, que las armas escaseaban y se las deseaba.

### III.

Salieron á la carrera de San Francisco, siguieron por ella hasta la calle de Santiago, pasaron junto á la universidad, el palacio episcopal y la catedral, y llegando al Esgueva y frente al puente de Cancelada, el paje llegó á un postigo de una gran tapia, sobre la cual se veian gigantescos árboles.

—A ver si sois prudente y recatais vuestros pasos cuando hayamos entrado, observó el paje; mirad que os poneis en peligro.

—Recataréme yo cuanto sea necesario, dijo Zancudo, no por mi peligro, sino por el de la persona que me llama.

—Pues adelante, dijo el paje.

Y abriendo sin ruido el postigo, entró, y tras él Zancudo.

Se encontraron en un humbroso huerto, por el cual adelantaron bajo los árboles, hasta llegar cerca de una fuente.

—Sentáos, que aquí hay poyos de piedra, dijo el paje, y esperad á que venga yo á buscaros.

Y el paje se alejó.

### IV.

Llegó al muro de una gran casa y á una puertecilla abierta en él, puesta sobre dos escalones.

Por aquella puertecilla se entró á unas escaleras de ojo inmediatas á ella, subió como treinta peldaños, tomó por un pasadizo estrecho y penetró en una habitacion oscura.



Pero en el fondo de ella, á través de las aberturas de un tapiz, se veía luz; y no solamente se veía, sino que se oían dos voces, una de hombre y otra de mujer, que hablaban alternativamente.

—¡Ah! exclamó el paje: la señora no está sola, está con ella su merced.

Este tratamiento que el paje daba á la persona que junto á su señora sentía, demostraba que esta persona era no menos que un infante.

En efecto, era don Enrique el Senador, porque la casa donde estamos era la de la Palomilla, y esta era la dama que con don Enrique hablaba.

Acercóse el paje para escuchar, porque todos los criados adolecen de este achaque, especialmente los de confianza, como parecía serlo el paje, atendida la misión que le habían encomendado.

## V.

—Todo se vuelve contra mí, decía el infante: yo tenía confianza en que los aragoneses apretarian de tal modo sobre Mayorga, que la reina se vería reducida á casarse con el infante de Aragon para que su hijo no perdiese el reino, y.....

—Ya veis, ya veis, contestó la Palomilla; Dios ayuda á doña María: no tiene soldados con que combatir á los aragoneses, y Dios echa sobre ellos la peste.

—Ya lo sabía yo eso desde esta mañana por un correo que me envió á mata-caballo el infante don Pedro, y habia tomado mi resolución.

—¿Y qué resolución ha sido la vuestra, mi amado esposo?

—Lo que yo tenía pensado en Castilla; esto es, casar á la reina con el infante de Aragon, para tener con esto motivo y hacer que el reino la quitase la tutela del rey y quedar yo solo gobernando el reino, no puede ser: me torno á lo de Andalucía,

y he de vender al rey de Granada á Tarifa para aumentar mi estado y el vuestro, que no son tanto que convengan á un infante, hijo de rey: y tan resuelto estoy, aunque no he querido decíroslo hasta ahora, que esta misma noche, y sin despedirme de la reina, me pongo en camino: ya veré yo cómo me gobierno con don Alfonso Perez de Guzman, que está empeñado en que Tarifa no se venda, á pesar de que yo le digo que el rey necesita mucho dinero, y que si hoy vendemos á Tarifa por los cuentos de doblas que nos ofrece el rey de Granada, mañana la cobraremos, quitándosela al rey moro por fuerza de armas.

—Y si entregais al rey los dineros que el rey moro pague por Tarifa, ¿qué vais ganando?

—Las villas y castillos que me da en la frontera de Granada el rey moro por adealas de esta venta.

—¡Ay, señor mio! dijo la Palomilla: pues id cuanto antes, que me placiera mucho tener villas y castillos en esa hermosa Andalucía.

—¿Qué! ¿vos no os venís?

—No, no señor: yo me quedo, yo hago falta aquí, al lado de la reina, para ayudaros con mis buenos oficios.

—Mirad no sea que, como dicen, querais quedaros al lado del rey.

—¿Y quién dice eso? Otra nueva calumnia, otra infamia; un niño. ¡Bah! vos estais loco: los años os han reblandecido los sesos. ¡Yo! ¿doña Juana Nuñez de Lara manchar mi estirpe? Calláos, que no quiero ofenderme, porque eso no lo dice nadie mas que vuestros celos.

—Dicen, recargó el infante don Enrique, que mi sobrino el infante don Juan os traía y os llevaba y disponía de vos y de vos se aprovechaba para sus intentos.

—Pues ved que bien le han salido sus intentos al infante don Juan.

—Han cambiado los sucesos, y ha tenido que irse: ¿qué iba á hacer solo con la reina, habiéndola abandonado vuestros hermanos y don Diego de Haro? hundirse con ella, ¿no es verdad? Don Juan no es de los que se están en una casa que amenaza



ruina: á esto se lo lleva el diablo, doña Juana; á la reina la echan; no la puede ver nadie; ella es la causa de todas las miserias, de todas las calamidades que afligen á Castilla.

—¡Que no la puede ver nadie, y esta tarde la aclamaban rabiando, como si no hubieran nacido para otra cosa que para decir: viva la reina, y viva y reviva!

—Cuatro pícaros pagados que vocean, y tras de los cuales vocean los tontos, que son muchos: que no hubiera venido la peste sobre los aragoneses, que hubiesen tomado á Mayorga, apoderándose de Búrgos, proclamado allí al infante don Alfonso y venídose acá, y veríamos á quién victoreaban los de Valladolid, si á Fernando IV y á su madre, ó al señor rey don Alfonso el Onceno. Pero esa peste que ha venido sobre los aragoneses no es mas que un respiro: esto se hunde, yo os lo aseguro; es necesario aprovechar el tiempo, vender cuanto antes á Tarifa, tomar esas villas y castillos que nos da el rey moro, y despues..... que suceda lo que quiera. Me parece bien que vos os quedeis para ayudarme al lado de la reina: además, que no quisiera yo que os viesen en Granada, donde voy: sois muy hermosa, doña Juana: podria enamorarse de vos el rey moro mas que de Tarifa, y encontrarme sin saber cómo en un encierro y vos en otro, por mas que el vuestro fuese muy bello, en el harem de la Alhambra.

—¡Ah! no me digais eso, don Enrique; me dais pavor. ¡Oh, Dios mio! ¡yo, mujer de un rey moro! idos, idos solo: no es prudente que yo os acompañe, ni por lo que yo puedo hacer aquí, ni por lo que allá pudieran hacer con nosotros si yo fuera: ¡y cuándo pensais irós?

—Ya os he dicho que sin despedirme de nadie, entre dos luces, cuando abran las puertas de la villa.

—Pues entonces, no os descuideis, que teneis que dar muchas órdenes á vuestros servidores y preparar muchas cosas.

—¡Oh, sí! como que yo no pensaba moverme tan pronto: ¡infierno! la peste en el campo aragonés, la imposibilidad del cerco, el triunfo momentáneo, sí, pero al fin triunfo de la reina: ha nacido con buena estrella: cuando se la cree cercada por todas partes, sin amparo, se va á rezar al Cristo de los Desampa-

rados, y se encuentra con que ya el Cristo ha cuidado de ella y ha matado á rayos, si no ha habido otro medio, á sus enemigos.

—Pues entonces, si Dios la ampara, don Enrique, mejor es servirla bien para sacarla mas, que ponerse frente á ella, porque como Dios la ha amparado hasta ahora, la amparará siempre.

—Es que Dios se cansa, contestó impíamente el infante; es que Dios dice: ayúdate y te ayudaré; es que no se puede confiar siempre en milagros; es que un dia puede venir la tempestad tan de recio y tan de improviso, que no se encuentre recurso; es que á la reina no puede servirla nadie, porque como la reina no pone fuera de combate á ninguno de sus enemigos, no hay quien se atreva á ayudar francamente á la reina para ser perpétuamente combatido: ya antes de casarme yo con vos, cuando vuestro hermano don Nuño Gonzalez se desnaturó porque no le dieron lo que queria, aconsejé yo á la reina le cogiese y le descabezase, á fin de evitar que otros ricos hombres se nos viniesen con que se desnaturaban é iban á aumentar las fuerzas del enemigo: ¡y sabeis lo que me dijo la reina? Dejadle, está obcecado: él se arrepentirá y volverá: no se puede, doña Juana, no se puede servir á una reina que todo quiere hacerlo con la dulzura y la misericordia, y que cuando se ve apurada apela á las rogativas. La echarán, no tengais duda de ello, la echarán, y tal vez muy pronto, porque esto anda malo, y es necesario que antes de que la echen hayamos hecho nosotros lo que nos conviene. No; si no estáis quedo, y nos encontraremos cuando menos lo pensemos por puertas, sin tener adonde volver la cara y perseguidos y asendereados, y tal vez degollados, por haber servido á la reina: lo que yo hago es lo que debe hacer todo hombre prudente.

—Hareis bien, don Enrique, y harto se conoce la gran experiencia que habeis adquirido en vuestra larga vida.

—De la cual veintiseis años han sido de prision, y todo por haber servido á otro muy virtuoso y humano y misericordioso, á Conradino. ¡Y qué adelanté con servirle? que á él le mataron y á mí me encerraron, porque me temieron: no quiero que me suceda otra vez, y no volverá á suceder. Adios, doña Juana, re-



cogéos si os place, segura de que no vendré á turbar vuestro sueño; me despido ahora definitivamente de vos: allá, desde el Andalucía, os enviaré frecuentemente correos con lo que hubiere: haced vos lo mismo á fin de que yo sepa lo que sucede por aquí.

—Lo haré, señor mio, lo haré, dijo doña Juana; id con Dios, él os ayude y os torne pronto á mis brazos, que os amo mucho.

—Adios, señora, adios, y espero que nos volveremos pronto á ver y con buen suceso.

Y el viejo marido abrazó friamente á la joven esposa y salió.

Doña Juana se quedó murmurando:

—Él se va, y sin despedirse de la reina; yo tambien me voy; creerán que me he ido con él.

## CAPITULO VII.

EN QUE SE VE QUE ZANCUDO TENIA MAS AMBICION QUE LO QUE ERA DE ESPERAR.

### I.

Zancudo se desesperaba, sentado junto á la fuente, bajo la espesa sombra de los árboles, oyendo el monótono rumor de la caída del agua, y no muy tranquilo, porque, en fin, la casa en que se encontraba parecia grande, debia haber en la servidumbre gente dura, y no era muy impresumible una paliza, si por un azar cualquiera le encontraban dentro y metido á hurto; y luego, segun él decia, para qué diablos le llamaban si tardaban tanto.

Por último, se oyó por un sendero el crujido de un brial de seda que determinaba el paso de una mujer que avanzaba rápidamente.

—¿Está ahí el que ha sido llamado? dijo doña Juana, que ella era.

—Sí, noble señora, contestó poniéndose de pié Zancudo.

—¿Sois el caballero que ha llegado esta tarde de Mayorga?